

# ZEBRA

*Por Manuel R. Montes*

## PERSONAJES

### ALMA Y RAQUEL, HERMANAS

#### ACTO ÚNICO

*Cuarto de reducidas proporciones. A la derecha del escenario, de pie y reclinada sobre un viejo restirador de madera, de perfil al público, Raquel se concentra en la colocación del techo a una maqueta. Frente a ella, un sofá cama cubierto de libros y planos enrollados. Una regla T, escuadras, una mochila, un reloj de manecillas y un calendario cuelgan de la pared izquierda junto con fotografías panorámicas y mapas topográficos. Al fondo, una estufa eléctrica sobre una lavadora, ambas inservibles. Tocan a la puerta, que se ubica del lado del sofá cama; Raquel cruza el cuarto, frotándose las manos, dubitativa, y se detiene recargándose en la hoja, con la mano puesta en el pasador del cerrojo.*

**ALMA:** ¡Hermana!, ¡Raquel!, ¡hermanita! *(toca con más fuerza)* ¿Estas ahí, Raquel? *(más fuerte aún; canturrea)* ¡Despierta, mi bien, despierta!

**RAQUEL** *(abriendo con lentitud; Alma la empuja desde fuera y se abre paso):* ¿Alma?, ¿hace cuánto que...? ¡Alma, eres tú! Pero qué cambiada estás. Cierra, cierra la puerta. Adelante, pasa, es que yo... No, no sé qué decir, hace ya mucho.

**ALMA:** ¡Quela! *(la abraza sin ser correspondida y cierra tras de sí la puerta)* ¿Pero por qué me recibes con tanta frialdad? *(la sacude)* ¿Qué, no me has extrañado? Tú que pálida, muy mal te ves. Tampoco has adelgazado, ¿eh? ¿Sigues tan enfermiza, tan...?

**RAQUEL:** Sí, yo... No es que no te haya extrañado. Es que ahora estoy muy ocupada.

**ALMA:** ¿Ocupada, y puedo saber en qué?

**RAQUEL:** Presento un proyecto mañana. Quiero decir, en unas pocas horas *(otea el reloj de manecillas)*, para... un bufete de arquitectos, quizá me den por fin el empleo que quiero.

**ALMA:** Empleo, ¡bah! Ni lo menciones *(se descalza uno a uno los zapatos de tacón y se desploma en el sofá cama, tirando algunos libros)*. ¡Perdón!, ¡tus cosas! ¡Siempre tus cosas, cómo estorban!

**RAQUEL:** No, no pasa nada, no tienes por qué disculparte (*se arrodilla y apila en el piso los libros que se cayeron*). No te preocupes. No he podido hacerme de un librero y...

**ALMA:** ¿Pero qué no te aburres de tanto estudiar y estudiar, de tanta... cosa inútil? (*arroja los tacones contra la lámina de la lavadora*).

**RAQUEL:** No, al contrario, Alma. Que a ti nunca te gustara estudiar es distinto. Además, el viernes... sí, antier, terminó mi última semana como pasante. Mi proyecto es también uno de los trabajos finales que me faltaban para titularme, y por lo pronto dejaré de ir a clases, aunque después, quién sabe, tal vez me inscriba en un posgrado, y luego...

**ALMA:** Ah, ¡Queliques!, no te hice la pregunta como si en verdad me interesara.

**RAQUEL:** ¿Perdón?

**ALMA:** Oye, ¿no me vas preguntar qué hago aquí?

**RAQUEL:** Alma, he de serte franca. Yo...

**ALMA:** Antes déjame contarte que me siento de maravilla. El secretario convocó a una rueda de prensa esta tarde y de la rueda de prensa siguió la entrega de despensa en un orfanato y de la entrega tuvimos que asistir a una cena de gala con el alcalde y de la cena...

**RAQUEL:** ¿El secretario?

**ALMA:** De Desarrollo y Gestiones, mi jefe, soy su asistente personal, acaba de nombrarme y no me deja ni un solo minuto en paz. Es implacable, un tirano a veces, todo un... (*resoplando, sonríe*) Pero vale la pena. ¡Hace tanto que no bailaba! Tú y yo bailábamos mucho cuando éramos niñas, ¿recuerdas?

**RAQUEL:** Alma, en verdad, ya te lo dije (*vuelve la mirada hacia el restirador y se levanta*). ¿Por qué no regresas otro día?

**ALMA:** ¿Estás loquita, mujer? Como si viviéramos en la misma ciudad. Y, para que lo sepas, me marchó a primera hora. La cruzada regional de apoyo a los necesitados acaba de iniciar y... Pero discúlpame, Quelicha, juro no aburrirte con cuestiones laborales, tú qué vas a saber de eso. Debo sonar como él, el muy... Mejor ven, siéntate, aquí (*la jala de un brazo y Raquel, sentándose a la fuerza, termina de derribar los libros que quedaban en el mueble, lo mismo que los planos*). ¿Sabes quién me sacó a la pista de baile primero? Sentí que todas las miradas, en la ronda de las baladas...

**RAQUEL:** Alma, por favor.

**ALMA:** ¡Tienes razón, qué importa!, ¡si son todos unos ingratos, unos...!

**RAQUEL:** No, no grites, los inquilinos de los otros cuartos estarán durmiendo, debes comprender que la dueña de la pensión...

**ALMA:** Está bien, está bien (*se pone un dedo en la punta de la boca y dice con sigilo:*)  
¿Sabes por qué vine a visitarte, Quelíos? Vine porque nuestra madre, ¿cómo podría decírtelo a ti, que eres tan...?

**RAQUEL:** ¿Tan?, ¿tan qué? Anda, dilo de una vez.

**ALMA:** Ea, Queleones, Queleonita, no es para tanto, no te me pongas aprehensiva. La cosa, sí, el asunto es que necesitamos ajustar cuentas con ella, ¿no crees?, ahora que somos adultas, ahora que podemos. ¿Sabes a lo que me refiero, eh, sí?

**RAQUEL** (*se pone de pie*): Olvídalo. No me interesa. Hace tanto que no me importa, que la ignoro y que me ignora. Creo que siempre fue así entre nosotras. Tú y ella siempre se soportaron mejor, se entendían más. O yo qué sé. También eran las que más peleaban... encerrándose. Yo siempre quedé relegada de sus vidas, ni siquiera sé si ella me despreciaba, o si me quiso. Me cansé de oír, sin que me incluyeran, sus discusiones y sus complicidades, hasta el punto en que ya no me afectaron. Preferí dedicarme más en el colegio, aprender, y que me tomaran otros, mis maestros... que me tomaran en cuenta por algo. Serás tú la que necesite vengarse, y ni siquiera sé bien por qué. Yo no la odio ni la estimo. No siento nada por ella. Con papá, en cambio, todo era muy diferente, él y yo siempre...

**ALMA:** No te exasperes, Quelquis. ¡Cuántos días has de llevar sin dormir!

**RAQUEL:** Comencé la construcción de la maqueta hace aproximadamente...

**ALMA:** Sí, sí, ya sé, que la maqueta, que la entrevista, que el bufete, ¿pero no de comida, verdad? Eh, no no, calma, ja, perdóname. Un bufete (*carraspea*) de arquitectos, eso. Tranquila, tranquilita. Siéntate, ¿sí?, siéntate otra vez, ven, así está mejor. La canción que bailábamos era, ¿te acuerdas?, *Llanto de Lisboa*, la que bailábamos juntas para que se nos olvidara todo, tú eras el hombre por ser la más alta y porque apenas sabías moverte, pero yo te hacía que me siguieras, nos tropezábamos girando aunque tú siempre, para no caerme, me sostuviste las manos con mucha fuerza, como ahora te las sostengo yo a ti.

**RAQUEL:** Alma, no. Lo que sea que estés tramando, no cuentes conmigo, y si no dejas de burlarte de mí...

**ALMA** (*ensimismada, sin oírla*): La tocaron en el radio por primera vez aquella madrugada, antes de que volviera con la cabeza vendada y los enfermeros la instalaran en la cama y nos preguntaran por nuestro padre para darle instrucciones de cuidado, una receta, o explicarle lo que había sucedido, supongo. Nos sorprendió que no supieran que acababa de morirse, ¿pero cómo no iban a saber?, ¿cómo no iba a saber cualquiera que éramos huérfanas?, ¿qué no se nos notaba?, ¿o cómo nuestra propia madre, a veces, parecía no darse cuenta? Yo también lo adoraba, pero, al contrario de lo que te ocurrió a ti con él, no percibí tanto su cariño, su... calidez, no de la misma manera. Siempre fuiste su preferida, ¿eh, Queamores?, así es como te llamaba, mientras que a mí, como casi todos los hombres (*el teléfono celular dentro de su bolso de mano emite zumbidos de vibración; aunque no de inmediato, lo saca para contestar*) Licenciado, sí, perdone, ah, es que no me acostumbro a usarlo bien todavía, es un modelo que... Pues, como le comenté, se trata de una visita personal, muy breve, sí, ya casi me voy. No, por supuesto que... Sí, el vuelo sale a las siete. Claro, actualicé la agenda y la información para los boletines ya fue... En lo más mínimo, señor, ahí voy a estar, puntual, seis y cuarto. Ah, qué amable, muchas gracias, usted también. No lo dude, me divertí muchísimo, créame que la cena... Perdón, sí, entiendo. Que descanse (*cuelga y observa el teléfono celular, apretándolo, y lo introduce de nueva cuenta en el bolso de mano*). Uno de estos días, cuando los reporteros sepan lo del desfalco... Falta ya muy poco, sólo un poquito más, Alma, resiste.

**RAQUEL** (*le pone una mano en el hombro, agitándola con algo de brusquedad*): Alma, escúchame. Bastante riesgoso es que hayas venido a esta zona, tú sola. ¿Sabes lo que les ha pasado a muchas por aquí últimamente? Y que bebieras, te hace daño, nunca toleraste el alcohol. Hay que pedir un taxi, necesitas dormir... en otro sitio. Aquí sería muy incómodo. Nos queda demasiado que hacer a las dos en las próximas horas. Dime, ¿cuándo llegaste, o dónde te hospedas?

**ALMA** (*con ternura*): Quelinga, pequeña, ¿se te olvida quién es la mayor, la que debe dar los consejos, la que sabe muy bien por dónde va y qué hace? (*se retira suavemente, con la suya, la mano de su hermana*). No me voy a dormir a ningún lado ni voy a desperdiciar nuestro reencuentro, es necesario que planeemos la manera de desquitarnos, ella debe recibir un escarmiento por lo que nos hizo. Cuando dejamos de bailar esa

madrugada y quisimos atenderla, ¿a poco ya se te olvidó?, apenas recobrada la conciencia nos corrió de su pieza a gritos, volviendo en sí como poseída, y en un arranque de furia nos insultó hasta casi quedar afónica, lo que hizo después casi cada tarde, si es que estaba sobria. Ese accidente... sí, la cambió para siempre. En una de sus resacas me confesó lo sucedido, encerradas, como dices. La esposa de uno de sus amantes le había dejado caer, desde su terraza, una maceta una noche, mientras nuestra madre regresaba de su turno en la fábrica donde comenzó a trabajar, luego de que papá se fuera. Espera, estoy acordándome de, sí, sí... Cuando rechazamos los billetes que aquel tahúr de feria, detrás de las carpas del circo, nos ofreció durante las fiestas patronales, ¿te acuerdas tú también que por eso luego nos castigó, por no dejarlo que...?

**RAQUEL** (*se vuelve a poner de pie y va hacia el restirador, intenta reanudar lo interrumpido, toma una lupa y examina de cerca la maqueta*): Con que eso fue lo que le pasó entonces (*resopla*). Una maceta. Alma, estoy casi a punto de terminar, no puedo suspender ahora el proyecto. Como te dije, tardé meses en conseguir una entrevista con los directivos y si mis profesores no reciben la versión final de la maqueta dentro de...

**ALMA**: La casa, Raqueli, Quelica, quiero que vayamos y la saquemos de la casa, y quedárnosla. Ella merece la calle que nos heredó.

**RAQUEL** (*suelta la lupa con la que revisara los interiores de su modelo a escala, y la deja en el restirador*): ¿Qué?

**ALMA**: Papá dejó las escrituras a nuestro nombre. Ella las esconde, las tiene guardadas en algún sitio, nos las ha ocultado todo este tiempo, estoy segura. Tenemos que arrebatarle lo que nos pertenece, defender lo que...

**RAQUEL**: ¿Escrituras, cuáles escrituras, Alma?, éramos unas niñas, tendrías doce años, yo nueve cuando...

**ALMA**: Entonces no lo supe, eso es obvio, no seas bruta. Pero tía Lorena me lo dijo después, cuando nos recibió en su departamento, del que luego nos costara tanto escaparnos. La tía Lorena odiaba a nuestra madre, culpándola de asesinar a su hermano. Nos hizo pagar a nosotras por ello, con sus maltratos y humillaciones. Dijo que la casa de su cuñada era en realidad nuestra. Que papá se lo confió poco antes de morir por esclerosis. ¿Te das cuenta de que no soy tan... imbécil? Memoriqué la palabra. Esa fea palabra, es-cle-ro-sis. La tía Lorena se burlaba del diagnóstico, decía que no había más

causa que la existencia de nuestra madre para que papá falleciera, y que nosotras, si para algo podríamos servir, sería para limpiar al menos en parte su nombre. Hasta hace poco averigüé lo terrible del padecimiento. Lo creas o no, le he llorado, fijate, mucho, me ha hecho mucha falta de pronto. La tía Lorena insistió en que deberíamos recuperar la casa, y entonces nos llevó, ¿te acuerdas?, apenas un mes o menos después de habernos intentado refugiar bajo su techo. Nos llevó de la mano, a las dos, de regreso, para reclamarle a nuestra madre, para confrontarla, para deshacerse de nosotras, y si no hubiera sido porque lo impedí, si no se me hubiera ocurrido...

**RAQUEL:** Ya, sí, el atajo de la heladería. Lo recuerdo, recuerdo cómo le rogame tanto por que te comprara una nieve, durante todo el camino a pie por esas calles llenas de gente, no dejaste de pedirselo, a grito abierto, llamando la atención de todos los transeúntes, no entendí al principio por qué, si a ti nunca te gustó el hielo, nada que tuviera relación con lo frío. Y es que cuando te bañabas, por ejemplo, el vapor...

**ALMA:** Acuérdate, Quelava, acuérdate bien de que la convencí de que me comprara esa nieve, hasta se me viene a la garganta el sabor, grosella. Y cuando a regañadientes, en la caja, pagaba exprimiendo casi las monedas...

**RAQUEL:** Sí, Alma, sí, las dos estuvimos ahí, me tomaste del brazo. No, yo te tomé del brazo sin que quisieras, querías soltarme y, asustada, yo me aferré, y corrimos, corrimos mucho, hasta que se nos acabó el aliento. ¿Te das cuenta de que me querías dejar? Pasamos la noche dormidas, ateridas, abrazadas en la banca de aquel parque. Cuando desperté ya no estabas. ¿A dónde te fuiste, Alma, qué has hecho todo este tiempo?, ¿por qué me dejaste sola?

**ALMA:** Eso a ti no te importa, Quelques. Tampoco te importa adonde fui. Lo que importa es que he llegado a ser una asistente de prestigio, que sirvo para un alto puesto en el gobierno. ¿Pero tú, a ver, dime tú qué hiciste?

**RAQUEL:** Odiarte, odiarte mucho por muchos años, hasta que, como el rencor por mi madre fue disminuyendo, el que sentí por ti tampoco me derrotó. A mí no me da vergüenza contarte lo que me pasó. Primero me llevaron a un albergue, unos hombres, unos policías me condujeron allá, y en el colegio, cuando me permitieron volver a los pocos días, les expliqué a las trabajadoras sociales lo que nos había ocurrido. Sin que mi madre respondiera a ninguno de los citatorios que le hacían, al fin decidieron instalarme

en una casa para estudiantes. Desde entonces he vivido en sitios parecidos a éste, pensiones, casas universitarias, solicitando becas miserables y viviendo en lugares como en el que ahora...

**ALMA:** ¿Lo ves? Ella tiene la culpa, ¿es que no te das cuenta? Ella es la responsable de todo esto, también tiene la culpa de que yo te dejara.

**RAQUEL:** ¡Pero si ya no es más que una pobre anciana! Nuestra madre no tarda en... O qué haríamos de todas maneras con la casa, si se cae a pedazos, la veo siempre, de lejos, cuando tomo el autobús al centro de la ciudad para visitar la biblioteca. A mí ni siquiera me conviene que...

**ALMA:** Ah, Quelimes, Quelimones. A ver, a ver, vamos a calmarnos un poco las dos. ¿Tienes algo de tomar, algo fuerte, que pegue?

**RAQUEL:** Yo no bebo, y aquí, como has notado, no hay vasos, ni siquiera una mesa donde...

**ALMA:** Pero qué vergüenza, qué condiciones de vivir las tuyas, ¿no es claro que te urge más que a mí deshacerte del estorbo de la vieja y, por ejemplo...?, ¿qué tal que después de mudarnos allá vendemos la casa y luego...?

**RAQUEL:** Alma, no volveré a pisar esa casa nunca. Vuelvo sólo cuando tengo pesadillas. Y ahora es en lo menos en lo que...

**ALMA:** A mí tampoco me fue tan bien, ¿o sí? Y la culpa no siempre la tuvo nuestra pobre madrecita demente. ¿Recuerdas a Zebra, eh, Raquel?, sí que la recuerdas.

**RAQUEL** (*le da la espalda, lentamente, a su hermana; se aprieta los párpados cerrados con los dedos índice y pulgar*): Por favor, Alma.

**ALMA:** La sabelotodo tenía que concentrarse y necesitaba silencio, ¿no?, la cerebrita de los dieces y los honores a la bandera demandaba un silencio así de pesado, como éste, un silencio sin personas alrededor, un silencio de libros y números y juegos de geometría, un silencio sin animales.

**RAQUEL** (*volviéndose*): Zebra no era el único animal que tuviste. Había gatos, una víbora negra, peces, el hámster, esa tarántula. Todos me daban asco. A todos les tuve fobia. Pero sólo me quejé de Zebra, ladraba como endemoniada, era como si esperara mis horas de estudio, por la noche, para desfogarse. Las patas arañando el techo, y esos aullidos, sobre todo los aullidos, todavía...



**ALMA** (*poniéndose de pie, acercándosele*): Debiste haberlo celebrado, ¿eh, Quelastre?, cuando tuve que llevármela al baldío. Qué habrás hecho para convencer a la vieja, para que me obligara.

**RAQUEL**: Casi lloro de felicidad, sí, es cierto, no puedo negarlo, cuando por fin la sacaste y pude repasar mis lecciones en paz.

**ALMA**: Y cuando me la envenenaron, allá, a las pocas semanas.

**RAQUEL**: No soy responsable de eso, tú decidiste dónde dejarla.

**ALMA**: Y a mis otras mascotas, ¿qué?, ¿también las ibas a envenenar?

**RAQUEL**: ¡Que yo no envenené a Zebra!, ¿es que sigues culpándome por eso? ¡Olvidalo!

**ALMA**: ¿Te ibas a deshacer de todas las demás, una a una, para que pudieras memorizar más fácil tus capitales y tus números y seguir siendo la más aplicada entre tus compañeritas envidiosas?

**RAQUEL**: Alma, es suficiente.

**ALMA**: ¿Para seguir humillando a tu hermana mayor con tus calificaciones y tus diplomas?

**RAQUEL**: Pero si siempre te dije que no era mi intención...

**ALMA**: Una a una irías aniquilando a mis bichitos, a los que amé más que a ti o la vieja, e incluso más que a papá... esa... esa sombra. Y como tú eras tan inteligente, sabrías cómo actuar sin dejar una sola huella.

**RAQUEL**: ¡Tienes razón, las hubiera matado a todas!

**ALMA**: ¿Ah sí, y cómo, Quelarres?

**RAQUEL**: Rompería la pecera, la dejaría caer del alféizar en que la ponías cuando el sol, en verano...

**ALMA**: ¡Ja!, ¡y lo creo!, ¿sabes por qué? Porque en el fondo eras... no, eres como nosotras, eres igual a las arpías de tu hermana y de tu madre.

**RAQUEL**: Metería al hámster en la caja grande de madera para que Lulú...

**ALMA**: ¡Queleta!, pero si no te atreviste ni a tocar a mis pequeñas criaturitas, mucho menos harías con la culebra, la mejor de todas, eso, la más fiel. Yo no te imagino...

**RAQUEL**: Y a la tarántula, y a los gatos, a los gatos, ¿sabes qué les hubiera hecho?

**ALMA:** ¡Los envenenarías!, ¿verdad?, como a Zebra. Te daría gusto saber y acaso también llorarías de felicidad si se fueran todos al otro mundo de la misma manera, ¿no?

**RAQUEL:** Ya que lo has dicho, lamento que no haya sido cierto, sí, que no me haya encargado de tu... perra ésa. En este instante, y si fuera posible que Zebra viviera, si fuéramos niñas, buscaría la manera de deshacerme de ella. Ver que te derrumbaras como cuando llegaste a casa del baldío y no parabas de llorar, así, muy bajito, acostada, durante horas, hasta que te fuiste quedando callada y pude tranquilamente, como antes de que tocaras a la puerta, continuar con mis obligaciones, a las que amé más que a ti o a la vieja, pero nunca más que a papá, esa luz... esa luz tibia. Y si..., ¿sabes qué?, y si bailáramos nuestra canción, si la bailáramos otra vez, te soltaría para que también te cayeras, para que nadie te levantara, como tú me quisiste soltar del brazo cuando corríamos, para que te pisoteara la tristeza.

*(Alma, a punto de abofetear con el bolso de mano a Raquel, quien le planta el rostro e imita su ademán, comienza a gemir quedamente, y deja caer los brazos; balbucea, cabizbaja)*

**ALMA:** Tú no imaginas lo mucho que quise a Zebra, lo mucho que se puede adorar a un animal. Más que a todos los hombres. Los egoístas como tú no conocen ese afecto puro. Recordarla, recordar a mi Zebra, a mi Zebritita, es casi lo único por lo que ahora sonrío de verdad. No sabes por todo lo que he tenido que pasar para lograr lo que tengo y llegar hasta donde ahora estoy.

**RAQUEL** *(vuelve a reclinarsse sobre el restirador y de una de las bolsas de su sudadera raída extrae un teléfono celular):* Voy a enviarle un mensaje a mi taxista de confianza para que venga y te recoja. No tienes nada que hacer aquí. Quiero que te largues, Alma.

**ALMA** *(recoge sus zapatos de tacón y comienza a ponérselos, sentada, de vuelta en el sofá cama; sus gemidos desaparecen):* Y tú no tienes ni una gota de lo que sea, ni siquiera televisión, o un radiecito *(observa alrededor)*. Vives en una indigna pocilga, pero mírate con ese teléfono.

**RAQUEL** *(texteadando):* Es un regalo, de alguien que no sólo me usa como a ti, para...

**ALMA:** Increíble. ¿Un regalo?, ¿y, por qué?

**RAQUEL:** No te incumbe.

**ALMA:** Así que la muñeca fea tiene a su pretendiente. ¿Y también es gordito, como tú, Quekilos, muy estudioso y muy seriecito?

**RAQUEL:** El taxi estará aquí en quince minutos, o menos. Puedes esperarlo afuera.

**ALMA:** ¿Pues no que este vecindario era tan peligroso? Aquí lo espero, más a gusto. De haber sabido que tardaría yo tan poco, le hubiera dicho al inútil que me trajo que aguardara. O me hubiera quedado allá, bailando con él. Fue quien me sacó al último, en la ronda de salsa, él, ¡bah! Los hombres, los cabrones hombres, cómo me fascinan. En cambio a ti... Creí que me darías tiempo para explicarme más y acordar el rescate de nuestra propiedad.

**RAQUEL:** Entra a la casa y saca a nuestra madre, quédate con las escrituras que según tú ella oculta. Alma, róbaselas. Te firmo un documento con la cesión de mis derechos, yo qué sé, te haces cargo y te quedas con todo. Te repito que no me importa. Ese lugar para mí es un mal sueño de infancia, el peor.

**ALMA:** Qué sentimental, Quelpina, deberías pensar de una manera un poco más... práctica. Mira, está bien, si no te quieres encargar junto conmigo de sacarla a la calle, siquiera ayúdame a levantar esa ruina, después de que yo me deshaga de la vieja. ¿Por qué no haces un proyecto de remodelación del cascajo? Y construyo un edificio nuevo, ahí, con los mismos cimientos, pero que lo borre todo. Se me ha ocurrido también eso, derruir cada pared. Papá se sentiría tan orgulloso de ti, sobre todo de ti... y de nosotras, ¿por qué no?, cuando lleguemos a un acuerdo. Quela mía, querida Quela, ese terreno, por la ubicación, es todavía uno de los más rentables y el precio por metro cuadrado en la zona está por los cielos. Si me das lo que te corresponde, pues qué te costaría también libramme de tener que contratar yo a otro arquitecto, si tengo a mi hermanita superdotada y si todo el asunto puede quedar en familia, y si tú sabes que...

**RAQUEL:** Alma, qué mezquindad. Qué lástima que no aceptes que no todo ni todos te pertenecen, que no puedes disponer de los demás para lo que se te antoje. De mí no recibirás nada en absoluto, nunca (*el teléfono celular de Raquel timbra*) No puede ser el taxi, es demasiado pronto (*lee el registrador en la pantalla y responde con rapidez*) Dime. ¿Ajá?, no, todavía no, pero casi. Claro, sí, claro. ¿No te lo expliqué ya? ¿Eh?, no, no ahora, es que no estoy sola.

**ALMA:** ¿Quién es, Raquel?

**RAQUEL:** ¿Qué? Ah, sí, esa voz es la voz de Alma. Está conmigo ahora. Por cuestiones de trabajo. No, eso no es conveniente, ¿para qué? Tampoco, su vuelo sale a las siete.

**ALMA:** Quelasha, Quelanita, dime... con quién estás hablando.

**RAQUEL:** Tengo que colgar. No, entiéndelo, no es el momento, te marco más tarde. Sí, sí, adiós. Lo sé, lo sé, ya te dije que casi.

**ALMA:** ¿Y?

**RAQUEL:** Él... (*colgando, pone el teléfono celular en el retirador*).

**ALMA:** Raquel, mírame. ¿Quién era? ¿El del regalo?

**RAQUEL:** Sí, el del regalo.

**ALMA:** Interesante. Me pregunto cómo se llamará el pobre desafortunado (*se levanta del sofá cama y se aproxima al retirador, se acoda en él, la barbilla sobre las palmas*): ¿Sabes que será lo primero que haga cuando la saque de la casa? Si no me quieres ayudar, ni aprovechar lo que te fue heredado, allá tú, pero yo, yo voy a llenar ese lugar de animales, ahora puedo comprarme los que quiera. Búhos, cardenales, patitos, un ave del paraíso... y una piraña. Y me compraré otra perra de la misma raza que la que me obligaste a sacar, como a nosotras la vieja nos sacaba a partir de que le partieran el cráneo y enloqueciera. Le pondré a esa perra el mismo nombre, Zebra, no, Zebra Segunda, ¿qué te parece? Incluso puedo instalar en la que fue tu recámara una pequeña tienda de mascotas, así cuando cojas el autobús... porque seguro no te darán el empleo que quieres, ni podrás tener nunca un auto, cuando vayas a tu biblioteca podrás verlas a todas en el aparador y quizá te animes a pedirme una fiada, o qué tal que te la obsequia tu amorcito, y te la traes aquí. Es más, yo te la voy a dar gratis para que te haga compañía y no estés tan sola en esta ratonera.

**RAQUEL:** Qué ridículo y qué triste lo que dices, porque no vas a poder sacar a mi madre de la casa, Alma, ni quedarte con nada. Pobre de ti. Me das pena, un poco como antes, aunque ahora...

**ALMA:** ¿Ah, que no puedo quedarme con la casa? ¿Y cómo no podría, Quelela? Si soy asistente particular de un secretario de Desarrollo y Gestiones. Alguien de nivel. Y conozco a un abogado inmundito al que, si le trueno los dedos... Tengo a ese pobre fulano a mis pies. Y si no es él, pues entonces otro. Es tan fácil convencerlos de lo que una...

**RAQUEL:** Las escrituras, Alma, ya cambiaron de heredero.

**ALMA:** ¡Pf, qué tall!, entonces ahora sí crees, de pronto, en mis fantasías. Hay unas escrituras.

**RAQUEL:** Mateo es con quien hablaba, por si te interesa conocer su nombre. Y a diferencia de ti, por lo que veo que haces con los hombres con quienes te relacionas para... A diferencia de ti, yo no me he acostado todavía con él para conseguir...

**ALMA:** Alto, alto ahí. A ver, me va gustando esta novelita sobre... ¿Mateo?, ¿cómo qué Mateo, quién diablos es Mateo?

**RAQUEL:** Alma, Mateo es tu hermanastro y...

**ALMA:** ¡Ja!, ¡cuántas crías no habrá tenido por ahí la vieja!, ¡y ahora resulta que le conoces a una!, ¿pues no que no te gustaban los animales, ni los agresivos... ni los mansitos?

**RAQUEL:** Supe de él hace algunos meses. Lo curioso es que físicamente se parece un poco, no... ahora que te vuelvo a ver, se parece mucho a ti, muchísimo, perdóname pero es que, ¿no te da un poco de vergüenza parecerte a la persona que ocupa el lugar que tú quieres, en la casa? Son idénticos, aunque... déjame ver, no, él es mucho más guapo.

**ALMA:** Óyeme, Queleca, acuérdate cómo reaccionaba cuando la tía Lorena me hacía bromas pesadas. Por cierto, ella fue la que me dijo dónde encontrarte, por si te interesa darle las gracias. Bastó con que le dijera por teléfono que iba yo a regresar para obedecer por fin su consejo y se portó, la muy zorra, como toda una dama.

**RAQUEL:** Sí, sí recuerdo cómo reaccionabas, Alma. Y me da igual ahora. Y esto no es ninguna broma. Eso tú quisieras. Lo peor me ha ocurrido ya, cuando éramos niñas, y después también, en los lugares inmundos en los que he tenido que vivir, siempre luchando, desconfiando de todos, abriéndome paso con buenas notas, resistiendo desplantes. ¿Qué más podrías hacerme ya, tú o cualquiera, o mi tía? ¿Sabes cuántas veces he tenido que comprobar de lo que soy capaz? ¿Quieres ponerme a prueba, ahora?

**ALMA:** Raquelú, ah, mi Raquelú (*suspira*) Mira, no te ofendas, ¿qué no te das cuenta de que he intentado solamente bajar un poco la tensión entre nosotras? A ver, ¿por qué no me cuentas algo sobre tu maqueta y...?

**RAQUEL:** Hablas mucho, Alma, de más. Debieras mesurarte, estás aturdiéndome. No he dormido bien, tengo muchas compromisos encima y te juro que...

**ALMA:** Entiendo, entiendo, sh, sh, sh. Discúlpame, ¿sí? Y escucha. Vamos a ver. ¿En qué estábamos?

**RAQUEL:** No sé, no me importa, lo que quiero es que llegue tu taxi y que desaparezcas.

**ALMA:** ¿Por qué no nos volvemos a sentar? Te ayudo a recoger tus libros y tus dibujitos mientras...

**RAQUEL:** Me pregunto cómo habrá hecho la tía Lorena para saber dónde me quedo. Claro, no se te ocurrió preguntarle.

**ALMA:** No se me ocurrió más que ponerla en su lugar apenas me dio tu dirección. Yo soy de las que van al grano, Quelioshita. Al grano.

**RAQUEL:** Estás... enferma, no te soporto. ¡Cuánto tarda el taxi!

**ALMA:** Conque me parezco a él, ¿eh?, a tu Mateo. A ver, a ver, cuéntame todo lo que sepas, quiero saber cómo te ha embaucado el muy...

**RAQUEL:** Mateo, tu... casi gemelo, nació a las pocas semanas de que mamá...

**ALMA:** ¿Mamá, le llamas a eso... mamá?

**RAQUEL:** ¡le llamo como se me antoja!

**ALMA:** ¡Así se habla, Quedolores, así se habla! ¡Bien! (*aplaude*) Me siento hasta orgullosa de que por fin...

**RAQUEL:** ¡Cállate!, ¡cállate de una vez, Alma!

**ALMA:** Me callo, calladita me veo más...

**RAQUEL:** Como sea, es necesario que te explique, luego te darás cuenta de por qué es necesario que te explique.

**ALMA:** Escucho (*cierra los ojos*).

**RAQUEL:** Mateo nació a las pocas semanas de que mamá enviudara. Nuestro padre no pudo ser también el suyo, llevaba meses postrado, debido a la enfermedad que lo devastó. Mateo es hijo de alguien más. Del tahúr, quizá, o del párroco, del intendente, o del supervisor escolar o del... (*sacude la cabeza*) Él tampoco lo sabe, la comadrona a la que se lo regaló después del parto, y que lo crió hasta la adolescencia, no supo responderle a esa pregunta. Poco después de que fuimos echadas, y sabiendo ya quién era en verdad su madre, Mateo se le fue acercando. Viven los dos juntos desde entonces, en la casa de la que te quieres adueñar y que desde hace mucho tiempo le fue concedida. Alma, ¿no te das cuenta? Mateo es un hombre. Ella siempre los tuvo por superiores a nosotras. La casa

es de Mateo. Fue lo primero que me dijo él al conocernos. Las escrituras fueron modificadas según la voluntad de la viuda, que legalmente disponía del inmueble y de lo que con él se hiciera hasta nuestra mayoría de edad. Mateo me ha explicado detalladamente en qué consistió el proceso. Apenas le puse atención. Como te he dicho a ti, lo que le suceda a ese sitio es para mí lo de menos.

**ALMA:** ¡Pero el imbécil éste, que quizá ni hermanastro nuestro sea, te dio a cambio de tu parte de la casa ese teléfono tan bonito!, ¿eh?

**RAQUEL:** Me lo obsequió (*sonríe con malicia*) para mantenernos en contacto y no para gritarme y tratarme, como a ti tu... secretario. Lo curioso es que nos hemos hecho muy amigos, ¿lo crees? Tanta falta que me hizo siempre un hermano, uno bueno, que comprendiera y que fuera... más inteligente. Él quería hablar contigo ahora mismo, saludarte. Le he platicado de ti, lo he puesto al tanto de la clase de persona que creía que eras. Consideré que era demasiado pronto para que se conocieran, luego de haber escuchado lo que me propusiste. Alma, yo creo que a tu edad ya deberías...

*(Se oyen el timbre del teléfono celular de Raquel y, segundos después, cuando presiona la pantalla para ignorar la llamada, el claxon de un automóvil que proviene desde la calle)*

**RAQUEL:** Tu taxi. ¡Por fin! Vete ya. A dormir, o a beber o a bailar. Haz lo que se te antoje. Te deseo que... No, más bien espero que no podamos vernos una próxima vez. Aunque quién sabe, somos hermanas, al fin y al cabo y tal vez con el tiempo...

**ALMA:** ...sí, hermanas, y lo seremos toda la vida.

*(Alma extiende los brazos en gesto conciliatorio de despedida, pero antes de abrazar a su hermana, y cuando Raquel, indecisa, se le va apartando, Alma coge la maqueta del restirador y, mientras Raquel forcejea con ella para impedirlo, la estrella contra el suelo y comienza a pisotearla.)*

**ALMA:** ¡Y esto es lo que le hago yo a tu pecera, Queltopes!

*(Raquel observa la destrucción de la maqueta y el rostro enrojecido de su hermana, alternativamente, hasta que adelanta un movimiento con los puños para atacar. Alma le golpea primero el rostro con el bolso de mano. Raquel, en la tentativa de esquivarlo, y avanzando hacia ella de una zancada, resbala con los restos de la maqueta y cae al piso. Alma, desasiéndose, rápidamente se da la media vuelta, abre la puerta de un tirón y sale del cuarto, azotándola. Raquel gatea hacia el pasador del cerrojo y lo corre para cerrarlo, temblorosa.)*

**ALMA** *(desde la banquetta):* ¡Ahora mismo voy a darle saludos a tu mamita, y con gusto brindaré a tu salud con el Mateo ése! ¡Si es que se quedó con la casa, que lo dudo, ya veremos quién se queda con él!

*(Raquel, expectante, espera a que el ruido del taxi al arrancar se disipe por completo; a lo lejos, oye el insistente ladrido de un perro, que poco a poco se va apagando. Regresa, incorporándose poco a poco, al restirador, donde coloca los fragmentos de su maqueta estropeada, luego de recogerlos. Vuelve, con visible incomodidad, a la misma posición en que se la vio al inicio, reclinada, y toca con extremo cuidado las pocas piezas intactas. Timbra su teléfono celular, cuyo tono, paulatinamente, la saca de una repentina somnolencia, hasta que contesta con la voz entrecortada por el nerviosismo.)*

**RAQUEL:** Ah, sí, sí Mateo, ¿no te dije que yo te marcaba? Deberías tener un poco más de... No, Alma ya se fue. Tampoco. No, es que yo... no pude. Sí, claro, pero no pude terminarla. Verás, la maqueta está completamente arruinada. Fue Alma, la hizo pedazos y... Sí, ¿te imaginas? Es mi trabajo de meses. ¿Qué van a decirme mis sinodales, mi asesor? Nada, no, no pude impedirselo porque... pues... pero te juro que lo intenté. Sí, dijo que a esa hora se va. No sé dónde se hospeda, no quiso decírmelo, pero qué importa. Mira, Alma va a la casa, ¡sí, a eso, va a buscarte!, a buscarlos. Bebió demasiado y... ¿de verdad? Mateo, no sé, ¿harías eso por mí, o... ya lo has hecho antes?, ¿por qué no mejor esperamos y simplemente no le abres? Está bien, está bien, sí, soy consciente de lo que acaba de hacer, pero, ¿estás seguro? Entiendo, pero no la... vayas a lastimar mucho, las dos hemos sufrido enormemente. Quizá yo un poco más, sí, como dices, pero sólo... con



que no le queden ganas de volver. ¿De verdad? Sí, estoy un poco más tranquila. Necesito descansar. Tú también, avísame cuando todo haya pasado. ¿Nos vemos mañana? Claro, hablaré con algunas compañeras de clase. Un poco de ayuda no me vendría mal, además, quedando lista la maqueta, esperamos únicamente a que mamá, pues... para vivir tú y yo juntos, ya remodelada la casa, ¿verdad?, ¿qué tanto falta?, sí, sí, muy poquito, Mateo, casi nada. Pero antes deberíamos... Entiendo, entiendo, sí, te incomoda hablar de eso por ahora. También tú, aquí estaré esperándote para cuando quieras venir. Ah, una cosa más, ¡Mateo, espera!, cuando Alma llegue, si es que se atreve a ir, y ya cuando la hayas... convencido de dejarnos en paz, muéstrale, si es que todavía la encuentras, una botellita verde, transparente, que dejé guardada al fondo del cajón del escritorio de papá, el tercero, el de abajo a la derecha, sí, en el estudio. Dile que se la obsequio con mucho cariño, que se la cuelgue como amuleto. No te olvides de decirle, Mateo, ¿eh?, pero sólo hasta el final, cuando... hayas hecho lo que tengas que hacer. Gracias, sí, sí, prepárate, y que te vaya bien, suerte. Por fin vas a conocer a mi hermana. Te darás cuenta de lo parecidos que son ustedes dos.

*Cincinnati, Otoño de 2013*